

Francisca Solar
**LOS ÚLTIMOS DÍAS
DE CLAYTON & CO.**



Francisca Solar

**LOS ÚLTIMOS DÍAS
DE CLAYTON & CO.**

minotauro

Los últimos días de Clayton & Co.

© 2019 Francisca Solar

© 2019, Editorial Planeta Chilena S.A.

Publicación de Editorial Planeta, S.A., 2022.

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1231-4

Depósito legal: B. 8.147-2022

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Diciembre, 1904

Lazareto de Playa Ancha, Valparaíso

El desconocido atravesó la reja perimetral y caminó detrás del guardia Rolando Valdés por la explanada de tierra fina y grava hasta el edificio principal. Vio a dependientes de blanco entrar y salir con camillas de fierro, llenando coches de caballos con la mayor cantidad de sedados y vendados que pudiesen. Los pacientes de mayor complejidad ya habían sido trasladados. Grupos de policías liderados por el comandante Jacinto Pino revisaban que todo estuviese en orden y daban entonces la instrucción de partir rápido. Era el último día de mudanza de enfermos hacia el Hospital San Agustín, el cual ya había finalizado su última etapa de construcción en los terrenos cedidos por doña Juana Ross de Edwards en la Avenida de las Delicias. Sin embargo, el Lazareto de Playa Ancha no era tan famoso por sus virulentos como sí lo era por sus enfermos mentales, que ese año ya eran casi un centenar. A esos los marcaban en una fila y los hacían subir a carretas para ganado, algunos amarrados de manos, otros con bozales, otros tan drogados que apenas podían andar. Ellos, eso sí, tenían otro destino: el Hospicio de Viña del Mar que, aunque estaba habilitado especialmente para ancianos abandonados o en estado terminal, alguien de la dirección del lazareto consideró que ese sería un mejor aposento para los *alienados*. No para *todos*, ciertamente. Había una en particular que la administración había elegido olvidar.

La celda de incomunicación estaba en el sótano del edificio principal.

Los dos hombres pasaron inadvertidos entre el caos e ingresaron por un pasadizo que comenzaba junto a la entrada de la lavandería. Valdés sostenía un pequeño candelero para espantar la oscuridad. Bajaron por una escalera de piedra, lentamente, cuidando cada paso para no resbalarse. La humedad pesaba en el aire. Unos metros más allá, donde el oxígeno parecía agotarse, el guardia hizo un gesto sutil al hombre que le acompañaba. Le pidió que sostuviera el candelero mientras él empujaba la única puerta en todo el pasadizo: un gran bloque de listones de madera y fierro forjado. Eran las dos de la tarde, un esplendoroso sol se imponía afuera... pero ahí, en ese subsuelo abandonado, apenas podían verse las caras y la temperatura bajaba drásticamente. Abrir la puerta fue difícil. Cualquiera diría que tras ella intentaban contener a un peligroso animal o a un monstruo.

—Tiene diez minutos —le advirtió Valdés, haciéndose a un lado para dejar pasar al visitante. Apenas este dio un paso adelante, el guardia pasó raudo tras él, acortando el pasillo en segundos y subiendo los escalones del fondo de dos en dos.

El hombre no entró de inmediato. Lo golpeó el silencio, la penumbra y las goteras. Tapó su nariz con un pañuelo de seda, tragó saliva, levantó la débil flama de la vela a la altura de su rostro y siguió avanzando. Esquivó cajas rotas de madera, paja desperdigada, barriles vacíos de brea, sábanas manchadas y un brasero oxidado. Había grietas en las paredes de las cuales imaginó la brisa helada colándose en el invierno. No parecía un sector para pacientes, sino más bien un almacén donde la administración acumulaba lo inservible.

Se quitó el sombrero y lo dejó bajo su brazo, el que sostenía la vela. Al fondo del cuarto, una celda improvisada con fierros desiguales confinaba los movimientos de su única ocupante, a quien apenas podía distinguir con la débil luz que portaba.

Sintió su corazón en la garganta, su entusiasmo debatiendo con el miedo. Avanzó decidido, aunque con pasos cortos, aler-

tas. Sus expectativas podían desmoronarse. Los rumores sobre lo que sucedía a diario en este recinto eran escalofriantes. El director del lazareto negaba tanto las acusaciones de negligencia como de hacinamiento, pero era cosa de caminar alrededor del lugar al final de día para escuchar los gritos desgarrados de los internos. Sacudió su cabeza. Lo animaba la idea de que ese sótano fuese una suerte de área aislada de las otras almas atormentadas.

De los quince años que la paciente llevaba confinada, él había pasado los últimos tres —desde que la trasladaron a la celda de aislamiento— en una incipiente burocracia, que incluyó whisky a mediodía y favores mercantiles para lograr el salvoconducto que le permitiría estar ahí. Jueces, consulado, comisión de médicos... Muchos tenían una opinión en este caso. Pero él estaba determinado a sortearlos todos, y que justo hoy el tribunal le avisara del permiso aprobado debía ser una señal divina. ¡Justo hoy! Un día más y ya no habría servido de nada.

Tiró de la cadenilla que sostenía a su reloj de bolsillo, lo acercó al candelero de bronce, miró y calculó. Tenía menos de siete minutos para salir de ahí. Aunque no sin ella.

—¿Señora Clayton? —preguntó.

La voz del joven magnate naviero hizo eco en la habitación. Alzó la vela para expandir la escasa luz hacia las esquinas. La repentina claridad despertó a la mujer de una especie de trance. Parpadeó repetidas veces.

Estaba sentada en un banquillo de piedra, con la espalda recta pero la cabeza baja. Mantenía las piernas juntas y las manos en las rodillas, dejando ver sus dorsos magullados con cicatrices antiguas. Su abundante pelo dorado, enmarañado y sucio, caía hasta su regazo. No llevaba la usual bata hospitalaria sino un improvisado vestido sin mangas hecho de cáñamo, fibra que se utilizaba para la confección de cuerdas y otros artilugios navales.

—¿Abigail Clayton? —repitió, dando un paso más.

Ella levantó la vista. Luego el mentón, temblorosa.

—¿Reverendo O’Hara?

—No —respondió él en la oscuridad.

Abigail arrugó la frente y entrecerró los ojos al contacto con la inesperada llama que irradiaba luz. Su rostro tenía marcas ennegrecidas. Sus ojos oscuros estaban acuosos, irritados por el polvo y los quince años en que no había dejado de llorar. No pudo recordar la última vez que alguien pronunció su nombre de casada.

—¿Quién...?

El suspiro, imperceptible, fue de agradecido al recibir una interacción humana. Quizá la mente de la mujer no se había carcomido del todo.

—Un amigo —respondió, con el pulso acelerado.

Ella no comprendió sus palabras o no le creyó pues, al ver al hombre acercarse, recogió sus piernas desnudas a la altura de su pecho y las abrazó, queriendo protegerse. Su mirada desprendía un profundo dolor, mayor de lo que él jamás experimentaría.

El empresario levantó sus manos, intentando calmarla. Dejó el candelero sobre los restos de un barril y se acercó a ella tanto como pudo. Se arrodilló. Suavemente, metió una mano en el bolsillo de su pantalón y extrajo un estuche diminuto de madera y tela, y se lo traspasó entre los barrotes para dejarlo cerca de sus pies desnudos.

Contenía una pequeña fotografía en vidrio.

Un ambrotipo.

Tres elegantes personas en tonos sepia.

Dos de ellos habían muerto, apenas, un día antes de posar frente a la cámara. En la cubierta del estuche había un sello aún legible: “Clayton & Co”.

Al reconocerlo, la vio horrorizarse. Saltó en el banquillo, sacudiendo su cabeza violentamente, buscando aire con sus labios resecos como si esa imagen llevase impresa una antigua maldición.

—*Quién* eres... —insistió ella en un hilo de voz, con lágrimas de mugre surcando sus pómulos famélicos.

Lo miró. Él sintió la electricidad de ese gesto en todo su cuerpo. La fascinación y el miedo.

La vela amenazaba con extinguirse. Tenían cada minuto en contra. Los interrumpirían en cualquier momento.

—Usted me ayudó un día —confesó. Le sonrió a medias, como cuando se conocieron hacía tantos años. Luego tomó impulso para terminar su frase—. Y yo la ayudaré esta vez.

Julio, 1889

Estudio Clayton & Co., Atlas

—¿Podría quedarse quieto? Tras el grueso manto de tela turca, Vedran Kruzicevic escuchó y entendió la sugerencia, que parecía más bien una amenaza. Ya había estornudado dos veces. Ofreció disculpas, también dos veces, y una tercera fue directamente hacia la señora Mijac, aunque sabía que ella no podía escucharlo.

Helena “Lina” Mijac estaba muerta.

Nervioso frente a la cámara de fuelle, el señor Kruzicevic sostenía en su regazo el cadáver de la anciana, quien había sido ama de llaves y niñera de sus siete hijos por treinta años. Los espasmos por la tos convulsiva la dejaron postrada, obligada a mantener una dolorosa posición fetal por varios días que, tras su fallecimiento declarado —hace unas trece horas, según el doctor—, se perpetuó gracias al *rigor mortis*. Ya no había cómo enderezar sus piernas y brazos. El sepulturero le aseguró a la familia que debían quebrar sus huesos para que cupiera en un ataúd, cuestión a la que el viajero croata se negó rotundamente. A regañadientes, accedió a dejarla en la fosa común que se había dispuesto tras el monasterio de las hermanas Carmelitas, sabiendo que era imposible que las autoridades lo dejaran llevar el cuerpo en tren desde Atlas hasta Iquique. Pero había otra forma de dar dignidad a esa mujer que estuvo casi toda una vida a su servicio: preservar su recuerdo en una fotografía. Era

más íntimo que un entierro y más elegante que un servicio en la sombría capilla presbiteriana al final de la calle. Las mismas novicias le dieron la idea.

Según el enjuto pero ágil Samuel Brando, este era uno de los casos más difíciles a los que se había enfrentado desde que trabajaba como acomodador para Clayton & Co. Menos mal no creía en imposibles. Los artistas siempre sabían cómo abrirse paso en la adversidad y sus días como retratista a carboncillo para la sección de crímenes de *The Times* en Londres le habían dado un buen entrenamiento. Sabía que generalmente los cuerpos conservan algún grado de flexibilidad hasta treinta horas después del fallecimiento, lo que le permitiría moldear buenas poses para la cámara —ayudado, claro, por sus intrincados armatostes de madera y fierro, capaces de sostener cabezas, columnas vertebrales y miembros como un titiritero—, pero los músculos de Lina se habían agarrotado como listón de barco inglés. No había manera. Después de un par de masajes pudo relajar el ceño fruncido de la mujer, al menos eso había conseguido, y logró vestirla con las mejores ropas de su ajuar; sin embargo, Sam aún tenía que ingeniárselas con esa espalda curvada y esos brazos retraídos para evitar que la postura frente al lente no quedara en extremo macabra. Eso no sería profesional. Pero el hombre también tenía un límite y no podía evitar una que otra arcada por el fuerte hedor a leche agria de la anciana. Sam fingía no percibirlo, tal como sus empleadores lo habían disimulado con tanta decencia desde que la trajeron al estudio junto al sepulturero en una camilla de campaña. La pestilencia a muerte de días solía ser peor.

Al comentar en voz alta el desafío del *rigor mortis*, el señor Kruzicevic tuvo una idea: se ofreció a sostener a la señora Mijac en el sillón para mejorar la toma. Sam aceptó de buena gana, aunque le recordó que a él debían cubrirlo con una manta oscura para que solo Helena apareciera en la foto. Ese es el retrato que habían pedido y por el que habían pagado tres orbes. Los retratos grupales requerían más tiempo de producción, eran más

costosos y los Kruzicevic necesitaban el dinero para el resto del viaje, ya que en el pueblo de Atlas estaban únicamente de paso, como la mayoría de los migrantes. Habían desembarcado a miles de kilómetros de ahí, en Cabo de Hornos, y les tomó semanas llegar a su residencia actual. Así es como Lina había enfermado, y todo por un maldito papel del consulado. Pero la vida continuaba. Por la tarde el matrimonio Kruzicevic tomaría el tren rumbo al norte, a trabajar en los almacenes ferreteros de su compatriota Juan Vodnizza ubicados en la oficina salitrera de Hrvatzka.

Vedran observó a Sam y asintió, aceptando posar de incógnito como si fuese un simple atril. Lamentablemente a él nadie le recordó su alergia al polvo cuando lo cubrieron con la antigua manta turca. Si estornudaba por tercera vez, el señor Clayton perdería los estribos.

Siendo estrictos, Emmett Walter Clayton perdía los estribos más seguido que cualquiera. La humanidad lo sacaba de quicio y, salvo honrosas excepciones, cada persona que conocía quedaba catalogada en su mente como perezosa o estúpida. Desde su púlpito de médico cirujano, graduado de la Universidad de Edimburgo y parte de la misión higienista contratada por la Armada de Chile en 1875 para contener las epidemias de tuberculosis, viruela y cólera —hasta diciembre de 1887, momento en que contrajo nupcias y pidió su reubicación de Valparaíso a la localidad de Atlas—, creía que las “hordas” merecían cada plaga documentada en la historia, ya que era un filtro natural de la naturaleza para demostrar qué razas eran las más fuertes y merecedoras de reproducción. Había sacado esa idea del científico revolucionario Charles Darwin. En sus casi veinte años de práctica había atendido a muy pocos de sus coterráneos, pero sí a cientos de otras nacionalidades, y para él la supremacía intelectual y física de los británicos era evidente, aunque de cada tanto en tanto se llevaba alguna sorpresa, como hoy: Helena Mijac había muerto a la avanzada edad de ochenta y seis años. Un muy buen récord. Esa familia de croatas con pasaporte

austro-húngaro, sorprendentemente, habían logrado entrar en su particular definición de “buenos genes”.

Lástima que los buenos genes no garanticen el don de la paciencia.

El doctor tenía el disparador de la cámara de fuelle estrangulado en su puño, listo para usar hacía minutos, pero entre los estornudos del señor Kruzicevic y los retoques de Sam al cadáver, no avanzaban en nada. Odiaba esa tontería fotográfica con todo su ser, pero cuando descubrió que cada sesión mortuoria podía ser más lucrativa que cualquiera de sus consultas médicas — sobre todo después de la promulgación de esa estúpida ley de atención primaria gratuita, impulsada por la Ordenanza General de Salubridad—, decidió que solo atendería pacientes los viernes y sábados, para así tomar el negocio de su esposa y administrar las ganancias. A todas luces parecía ser una mina de oro y se lo repetía como un mantra cada vez que la señora Tacquet lo despertaba al alba para recordarle que debía aparecer pronto en el primer piso de la casona, ahí donde estaba habilitado el estudio —que él mismo mandó a armar, cambiando muros de madera por grandes ventanales—, sonriendo tranquilo en su traje impecable hacia un cuerpo putrefacto, como si el desprecio no hirviera en su garganta. ¿Qué dirían sus colegas si lo vieran? ¿Sus mentores en tierras maternas? Eran las siete de la madrugada, había desayunado dos copas de brandy y estaba a punto de mandar a todo el mundo al carajo.

Ahí es cuando Alexandra entró en escena.

Su elegancia y rostro tan atractivo dominaba hasta las aguas más turbulentas. De espalda gruesa y ojos cristalinos, la relacionadora de Clayton & Co. ya sobrepasaba los cincuenta y tantos, pero todos los días decía que se sentía mejor que ayer, estrenando una nueva blusa de algodón bordado o un nuevo abrigo de terciopelo. La parsimonia le sentaba perfecta. También la hipocresía. Su labor en el estudio era absolutamente voluntaria y casi por diversión, pero al poco tiempo ya se había transformado en una presencia indispensable. No solo se encargaba de

conseguir clientes y cobrar lo acordado, sino que también cumplía un rol esencial en las sesiones, especialmente para proteger el negocio del inestable temperamento de Emmett. Primero se acercaba a los familiares del fallecido a retratar, recordándoles la solemnidad del momento en el que estaban y que este requería silencio y concentración. Después de eso no volaba ni una mosca. En esta oportunidad Alexandra sabía que el señor y la señora Kruzicevic entendían apenas un par de frases en español —que era el lenguaje de los negocios ahí, ya que en Atlas convivían grupos de más de doce nacionalidades—, pero intuyó pronto que el dedo índice vertical sobre los labios era un gesto de comprensión universal. Luego le hablaba a Sam en voz baja, sugiriéndole ideas o preguntándole cuánto más se tardaría. Esta vez le pidió que no recargara su usual *maquillaje* en la anciana —una eficiente pasta fina de avena y agua de rosas que disimulaba la piel violácea en camino a la necrosis— o estropearía su impecable vestido de organdí. Entonces volteaba hacia Emmett, arqueando las cejas y levantando las manos. “¡Enhorabuena, doctor! Este será vuestro mejor retrato”, lo animaba en cada sesión, sabiendo que el doctor Clayton reaccionaba bien a las adulaciones sin importar qué tan artificiosas fueran, alzando el mentón con petulancia hacia las decenas de marcos metálicos tallados que se ostentaban clavados en la pared sur del estudio. Las clásicas imágenes celebratorias, académicas o protocolares eran ahí un puñado de excepciones —se consideraba de suma vanidad retratarse en vida— entre casi un centenar de fotografías mortuorias o *postmortem*, todas con el timbre del apellido inglés. Ningún otro tipo de retrato otorgaba más estatus al oficio en esos días —ni tanto dinero—, por lo que hace un buen tiempo estaban abocados a esa área temática durante toda la semana.

Alexandra captaba la suficiencia del médico y suspiraba, contenta —aliviada—, pues sabía que había ganado al menos dos minutos de paz. La noble española Alexandra Falcó y Moncada, también conocida como marquesa de Silas, nunca perdía.

Su recorrido de miradas terminaba siempre en la silenciosa figura al fondo de la sala. En Abigail, en este caso. Lo hacía no porque ella fuera la menos importante, sino todo lo contrario. Sin la joven señora Clayton, no existiría el estudio Clayton & Co.

Distinguida, ensimismada, gentil y en luto riguroso del cuello al tobillo tras la muerte de su hijo recién nacido, Abigail manejaba todo el intrincado tecnicismo que permitía crear un retrato (y cobrar por el resultado). La cámara de fuelle había sido un regalo de su padre antes de morir, fotógrafo aficionado pero riguroso, y de él aprendió todo lo que debía saber. Nadie en las localidades aledañas dominaba la ambrotipia como ella, aun a sus catorce años. Dependiendo del caso, la necesidad y el dinero disponible, también ofrecía copias en papel albuminado como aquellas de cabina o para tarjetas de visita, y aunque le habían contado que en algunas partes del mundo ya se había descubierto una técnica con placas en seco, esa modernidad aún era lejana: al menos en Chile, las técnicas húmedas del ambrotipo, colodión negativo o incluso el ferrotipo seguían en reinado, y ella planeaba continuarlo.

Cuando llegó a Atlas comenzó retratando por gusto, como favor a amigos o viajantes, pero pronto su pasatiempo atrajo a tantos curiosos que, tras el consejo de la marquesa, se aventuró a cobrar. Y resultó. Fue algo simbólico al comienzo, apenas veinte centavos el retrato, los que se convirtieron pronto en cincuenta y cinco centavos, noventa centavos y, luego, en un orbe antes de terminar el primer año. Eso ya era extraordinario, pero tras el giro a la fotografía mortuoria —decisión de Emmett, muy a pesar de su esposa—, los orbes por retrato se calculaban en tres, lo mismo que costaba un saco grande de harina. Era una locura. Ningún negocio había prosperado con tanta rapidez como ese improvisado estudio retratista, doble hazaña al iniciarlo una mujer. Una jovencita que hoy los clientes ya casi no advertían.

Aunque imprescindible en el entramado, Abigail era invisible. El doctor Clayton solía referirse a Samuel como “el mago”, ya que la decoración, vestuario, peinado y artificios varios del

difunto eran su responsabilidad, con tal de lograr una pose o *look* lo más natural posible —o angelical o bucólico, dependiendo de la imaginación del cliente—, uno de los sellos de la reputación del estudio. Aunque a Sam le incomodara un tanto el halago y Alexandra no sintiese libertad de verbalizar su parecer, ambos sabían que la magia realmente ocurría en los certeros ajustes de luz, distancia y enfoque que la esposa del médico realizaba antes de que él entrara siquiera al salón. La magia ocurría en esa cabina oscura montada en una de las esquinas, llena de frascos con líquidos extravagantes, recipientes de loza y placas de cristal. La magia se manifestaba gracias a la intuición entrenada de Abigail, aun cuando rara vez se advirtiera su presencia en una sesión.

Después de apurar a Sam, de educar a los clientes y tranquilizar al mismo Emmett, Alexandra se detenía en Abi, en su cabello rubio sujetado en un moño tenso y alto, en sus grandes ojos oscuros y sus delgadísimos guantes de cuero que cubrían manchas y quemaduras de piel. Se erguía varios pasos detrás de su marido treinta y cinco años mayor, esperando con las manos juntas y la cabeza baja. Pero antes aguardaba la mirada de la marquesa. La aristócrata confiaba en ella como en nadie más y Abigail agradecía ese gesto que daba razón a su existencia. Parpadeaba, inclinando apenas el rostro, y así Alexandra sabía que lo necesario estaba preparado y dispuesto. Era un lustroso trabajo en equipo, después de todo.

A la enésima advertencia del doctor Clayton, Vedran Kruzicevic logró quedarse quieto en el sillón, cubierto hasta los pies con la manta negra, sosteniendo a su fallecida ama de llaves en la posición exacta que Samuel había perfeccionado después de eternos minutos. Pegando sus párpados con engrudo, sosteniendo su mentón con una almohadilla, juntando sus brazos con una cuerda bien escondida y agregando un rosario en una de sus manos, daba la impresión de que se había quedado dormida mientras rezaba. El retrato sería una obra de arte que podría decorar fácilmente la sala de cualquier familia de bien.

En apenas un año y medio, Clayton & Co. se había convertido en un estudio fotográfico de gran reputación en fotografía mortuoria. “Si no puede distinguir quién respira y quién no, el retrato es un Clayton & Co.”, decía el aviso promocional que Sam había conseguido colgar en el periódico *El Mercurio de Valparaíso* hacía unos meses. Un *slogan* preciso.

Abigail había abierto todas las cortinas de par en par antes de que la sesión comenzara. La luz grisácea de la madrugada entraba de lleno por los ventanales, ideal para lograr una imagen de suficiente nitidez, aunque eso implicase obligar a los clientes a soportar bajas temperaturas en invierno. Ella solía apagar el brasero que entibiaba el estudio unos minutos antes de tomar la fotografía, pues decía que el calor podía dañar la emulsión de la placa. En cualquier caso, la exageración de fotografiar a primera hora del día era solo para asegurar el espacio al mejor retrato de la jornada: las técnicas en colodión húmedo ofrecían una calidad fotográfica muy superior al antiguo daguerrotipo y necesitaban mucho menos tiempo de exposición a la luz, lo que añadía atractivo y comodidad, pero había que usarlas estratégicamente y el sol del alba era el más adecuado para la labor. Como pocos fotógrafos dominaban esta intrincada práctica —sobre todo la ambrotipia o ‘positivo de colodión’, la especialidad de Abigail, la cual requería placas especiales de vidrio ennegrecido, un nivel exacto de subexposición lumínica y ofrecía la opción de coloreado a mano tras el revelado— y pocos querían hedor a muerte en su estudio, además el costo final era elevado, un obstáculo al momento de concretar una sesión. Ahí es cuando Alexandra le recordaba al potencial interesado que ese tipo de retrato victoriano se reservaba únicamente para la élite. Mostrarlo en el salón principal de su casa les ayudaría a elevar su estatus, haciéndolos sentir como de la realeza. “Si podéis culparme de algo es de hacer feliz al vulgo”, se defendía ella con una sonrisa, justificando sus no tan ocasionales mentiras piadosas y explicaciones enrevesadas para aparentar distinción. Abigail no supo qué era exactamente lo que la marquesa

estaba intentando explicar en ese preciso momento, pero tuvo que apurarla con la mirada para que dejara de parlotear con la esposa del señor Kruzicevic, mientras él permanecía debajo de la manta negra sosteniendo a su criada. Alexandra tosió, acusando recibo y logrando que Sam a su vez murmurara un “estoy listo”.

Emmett sacó su reloj de bolsillo. La marquesa devolvió la urgencia a Abigail y ella se movió rápido desde su puesto hasta la cabina oscura. Se oyeron ruidos de vidrio, madera y latón, y demoró exactos cinco minutos y diez segundos en aparecer con el soporte de placa cargado. Antes de ensamblarlo en la parte posterior de la cámara, revisó por enésima vez en el visor de cristal biselado que la imagen de Helena Mijac estuviese bien centrada. Todo parecía estar en su lugar. Entonces montó la placa, la aseguró en tres *clicks*, quitó el chasis de latón y asintió. Tenían menos de diez minutos para tomar la foto antes de que se secara el colodión.

Alexandra miró al doctor, quien actuó de inmediato. Quitó la tapa del lente con su mano derecha, mientras con la izquierda contaba los diez segundos requeridos en el reloj. Hizo sonar el disparador, que no era más que una patraña concebida para el espectáculo de los clientes. Pasaron los trece segundos necesarios, cubrió nuevamente el lente y exclamó “*Done!*”. El señor Kruzicevic dejó escapar un suspiro, se quitó parte de la manta que lo asfixiaba y aflojó un tanto el abrazo que sostenía el cadáver de la anciana. El rosario en sus manos cayó al suelo. Y también Emmett Clayton.

Bruscamente, las rodillas del doctor golpearon el piso de madera. Llevó una mano a su hombro izquierdo y luego a su pecho, retorciéndose de dolor. Entonces se desplomó, tosco como un saco de arena.

La señora Kruzicevic gritó y exclamó algo ininteligible en su idioma. Su esposo quedó petrificado por la sorpresa, tieso como el cadáver con el que compartía el sillón. Sam se llevó ambas manos a la boca, pero estaba a punto de recibir instruc-

ciones. “¡Avisadle a la madre De Ferrari! ¡Que sea ya!”, gritó la marquesa, y el menudo pintor corrió hacia la calle, azotando la puerta principal al salir y dejando que una fuerte bocanada de invierno entrara de lleno en el estudio.

El golpe despertó a la señora Clayton del *shock*.

—¡El retrato!

Ninguno de sus músculos parecía responder, pero al contacto con el viento frío que provenía de la calle, los pies de Abigail se movieron en automático. No se detuvo a auxiliar a su agónico marido, sino que fue directo hacia su cámara de fuelle. Con movimientos rápidos, *clic, clac, clic*, volvió a introducir el chasis de latón que protegía la placa de vidrio, desarticuló el soporte y se apresuró con él hacia la cabina oscura. Sus manos tiritaban, asidas con fuerza al ensamblaje. Se persignó mentalmente, rezando por resistir, una vez más, lo que estaba a punto de suceder. Cerró los ojos y entonces entró, aguantando la respiración. Empujó la puertecilla tras de sí, repitiéndose que en once minutos estaría fuera de ahí, lejos.

Once minutos.

Once minutos y ya.

Dentro de su laboratorio artesanal no se veía nada. Era una cabina hermética construida por un carpintero experto, y la temperatura ahí bajaba súbitamente algunos grados. Pero no importaba; Abigail conocía cada rincón de memoria. No necesitaba sus ojos para ver. Reconocía cada frasco de algodón pólvora, de éter, de nitrato de plata. Hasta el aceite de lavanda y el jarrón con agua destilada. Sabía dónde estaba cada recipiente, cada placa de repuesto y cada hoja albuminada. Había masterizado el proceso. Hace un año demoraba más de media hora en revelar una copia; hoy, once minutos. Hubiese deseado que fuesen cinco. Cada segundo ahí era un infierno.

Fuera de la cabina, Ivana Kruzicevic seguía gritando, su esposo intentaba calmarla y Alexandra seguía zamarreando a Emmett para que reaccionara. En el centro del salón, el cuerpo inerte de la anciana Helena había perdido todo el artificioso *gla-*

mour de estudio, con la mandíbula desencajada y un ojo abierto goteando restos de pegamento. Su sonrisa parecía regocijarse pérfidamente de la situación.

Abigail quería creer que la ama de llaves era una buena mujer, que lo había sido. Que no hubiera querido asustar a nadie, tampoco. No sería su intención, estaba segura. Necesitaba estar segura, pero sus dientes rechinaban de duda. Juntó sus piernas con fuerza para no orinarse, como ya le había ocurrido en la sesión de los Sherman hacía dos semanas. Emmett la golpearía si manchaba el piso de parqué. Sacudió su cabeza y siguió rauda, a ciegas, quitando la placa del ensamblaje con la delicadeza que podía mantener entre el miedo y el impacto. La sumergió luego en una solución de sulfato de hierro, ácido acético y alcohol. Lo movió entre el líquido con una varilla especial de vidrio para que el revelado resultase parejo. Necesitaba treinta segundos. Mientras antes empezara a revelarse, antes podía irse. Quería irse.

Cuando sintió un hálito tibio cerca de su oído derecho, supo que la imagen de la malograda croata ya había comenzado a aparecer en el rectángulo ennegrecido. Tembló. La anciana respiraba con dificultad a su lado, síntoma inequívoco de la tos convulsiva. El aroma a leche agria ondeaba en la estrecha cabina como la neblina costera.

Cambió la placa a un recipiente con agua que detenía el revelado y limpiaba las impurezas. Faltaban tres minutos más.

En plena oscuridad, el espíritu de Helena Mijac rozó el hombro de Abigail. Su fotografía flotaba en la vasija de loza. La chica sintió la sal de las lágrimas en sus labios, la orina caliente bajo su vestido y el temblor de sus rodillas al ritmo de un sonnete eslavo.

“*Ne mogu disati, gospodice. ¿He muerto, señorita? ¿He muerto?*”